

Aventureros de taberna

por Sergio Mars "Baldor"

Segundo Premio, Premios Gandalf 2009



SOCIEDAD TOLKIEN ESPAÑOLA



Esprintaba hacia la meta el mes de septiembre, al igual que se consumían, sin que nadie en Bree lo sospechara (o le importara, ya que estamos), los años postreros de la Tercera Edad. El ambiente era fresco, en particular una vez se ponía el sol, así que nada mejor tras un duro día de trabajo en los campos y los talleres que acudir a la sala común del Poney Pisador, a trasegar los caldos espumosos del bueno de Cebadilla, a cotillear sobre las noticias traídas por los viajeros del Camino Verde, a compartir un rato de charla con los amigotes, a entonar con voz rasposa alguna canción nueva venida de la Comarca o a lo que se terciara, que si en algún lugar de la región se podía anticipar de forma razonable lo inesperado, ese lugar era la posada de Mantecona.

Aquella noche en particular la sala estaba muy concurrida. El patrón y sus empleados se afanaban para mantener abastecidas las mesas y atender a los parroquianos que se veían obligados a permanecer de pie. El humo aromático de las pipas se alzaba en inconsistentes columnas que alimentaban la neblina del techo, en donde asomaban de tanto en tanto las viguetas ennegrecidas, como islas en un mar invertido.

En un rincón -el rincón de costumbre de hecho- se sentaban cuatro amigos ante sendas jarras de cerveza.

El que más destacaba era Dule Nogales, el tonelero, cuyo orondo trasero apenas si encontraba acomodo en la banqueta sobre la que se sentaba. Tenía la costumbre de reírse a carcajadas estruendosas a la menor ocasión. Eso, unido a su tamaño, hacía que las miradas casuales derivaran con facilidad hacia su rostro rubicundo, medio cubierto por una poblada barba castaña. A su derecha se encontraba el señor Cardoso, el boticario de Bree, unos años mayor que Nogales y bastante más instruido; se decía que en su casa hasta había una estantería con libros, aunque nadie había conseguido nunca que confirmara o refutara tal extremo. No hubieran podido encontrarse dos amigos más disímiles, pues sus respectivos trabajos y aficiones no favorecían las oportunidades de interacción. En cualquier caso, al llegar la noche les unía su afición por cerveza fresquita y ambiente cálido.

Frente al señor Cardoso deglutía con entusiasmo de la fuente de papas a lo pobre con huevos que adornaba la mesa Lupo Juncales. Era un hombrecillo hiperactivo y jovial. Necesitaba serlo para quemar la extraordinaria cantidad de alimentos que ingería. En cierta ocasión, Nogales lo había retado a una competición de zampabollos y aún se rememoraba con profundo respeto la hazaña gastronómica en las cuatro aldeas (sin perder ocasión de restregársela por la cara a los aficionadillos visitantes de los Gamos). Todos en su familia eran afamados cazadores, de ahí el nombre que le había puesto su padre, aunque el chico les había salido rarito y se dedicaba, para eterna vergüenza de sus parientes, al más reposado oficio de la jardinería.

El último integrante del grupo era un hobbit, Cab Tejonera, de los Tejonera de Entibo, aunque hacía años que vivía en una casita a los pies de la colina de Bree. La Gente Grande y la Gente Pequeña no solían mezclarse demasiado, pero Cab era la excepción a casi cualquier regla que pudiera concebirse. Se había unido al grupo en

virtud de su sociedad con Lupo, pero los otros dos ya lo consideraban uno más. Su tamaño, en cualquier caso, era una bendición, porque dado que hacían cuenta común, de haber sido de volumen humano les hubiera supuesto la ruina.

Ya llevaban tres rondas de cerveza (y dos de papas) entre pecho y espalda, así que la conversación había tenido tiempo de evolucionar desde los comadreos de la semana hasta la Gran Cuestión (que por aquella época era si debía repintarse la fachada del ayuntamiento o si aún podía aguantar una estación o dos; y, en caso afirmativo, cuál sería el color idóneo, detalle nada trivial que había conseguido postergar cualquier acción por un trienio). El caso es que, una vez cumplidas las formalidades, estaban libres de adentrarse en temas más estimulantes y elucubraciones de mayor trascendencia.

—Os repito —aseveraba Nogales, golpeando la mesa con su jarra para dar mayor énfasis a sus palabras— que estamos desperdiciando nuestras últimas oportunidades de vivir una auténtica aventura.

—¿Y quién desea vivir una aventura? —le cortó Cab, premiándose a sí mismo por una objeción tan irrefutable con un largo trago.

—¡Todos nosotros! ¡Antes de que se nos pase la edad! Mirad a Cardoso por ejemplo. ¿Creéis que a sus rodillas les restan muchas leguas de trote?

—Me has pillado, Dule —replicó el aludido, encajando la amable burla implícita con la deportividad nacida de la experiencia y el compañerismo—. Nada me gustaría más que desmentir esa infundada opinión tuya, pero me temo que con ello, de algún modo, estaría avalando tu disparatado proyecto.

Lupo encontró entonces una excusa para dejar de engullir papas e intervenir.

—Pues a mí no me parece mala idea. Acallaría unas cuantas bocas en mi familia.

—De acuerdo —accedió el boticario—, aceptemos la premisa como hipótesis de trabajo. ¿En qué tipo de aventura estabas pensando exactamente, Dule? Porque no estoy seguro de que lo sepas, pero no existen misteriosos patronos recorriendo las tabernas a la búsqueda de aguerridos grupos de aventureros dispuestos a embarcarse en alguna lucrativa empresa.

—¡Cualquiera a la altura de nuestro ingenio y habilidades! —respondió el tonelero, sin permitir que las reticencias de sus compañeros empañaran su entusiasmo.

—Me temo entonces —volvió a hablar el hobbit— que nos encontramos ante una elección muy restringida.

—No seas tan pesimista, Cab —le animó Dule—. Seguro que tienes muchas habilidades útiles para una banda de aventureros.

—Sí, plantar macizos de geranios.

—¡Y te salen de primera! —le alabó su socio Lupo, presentándole la jarra para entrechocarlas en un brindis a la salud del negocio común.

Fue entonces Lupo quien tomó el relevo a favor del proyecto, pues había estado pensándolo y cada vez le parecía más atrayente la idea de lograr que el tío Ursus se tragara por una vez sus venenosas insinuaciones.

—Seguro que hay multitud de labores que un hobbit puede desempeñar en una cuadrilla de aventureros. Por ejemplo... no sé... ¿saqueador?

—¿Saqueador? —repitió con incredulidad Cab.

—Bueno, sois pequeños y escurridizos. Dicho sea con toda la admiración del mundo. Me apuesto lo que sea a que se os daría bien entrar en todos esos sitios donde se supone que se guardan los tesoros.

Pero Cab no estaba dispuesto a dejarse embaucar, así que contraatacó:

—¿Cuándo se ha oído de un hobbit saqueador?

—Estaba ese tipo de la Comarca —intervino el señor Cardoso con la mirada ligeramente vidriosa del que está intentando atrapar un recuerdo esquivo—. ¿Cómo se llamaba? Balbo, creo, Balbo Blusón.

—¡Sí! —se emocionó Dule, golpeando con la palma de una de sus manazas la mesa, haciendo que jarras y plato de papas se alzaran media pulgada sobre su superficie—. Se decía que se iba de viaje y reaparecía con recuas de poneys cargados de oro.

—Sí, claro, y también que aparecía y desaparecía en medio de truenos y relámpagos —le replicó Lupo, tras olvidar, al parecer, de qué lado estaba en la discusión—. Parece mentira que prestes oídos a las habladurías de poniente. Si queréis saber mi opinión, allá sólo viven hobbits de muy dudosa credibilidad, no como nuestros sensatos convecinos.

—Vale, vale, no importa —se defendió Dule, que cuando se ponía en movimiento era muy difícil de parar, tanto en un sentido físico como durante una argumentación—. Si hace falta, siempre podemos contratar ayuda experta.

—¿Como quién? —se interesó Lupo.

—No sé. Alguien que sepa de aventuras. ¿Un montaraz?

Los cuatro dedicaron unos instantes de silencio a considerar la cuestión, tregua que aprovecharon, por supuesto, para apurar sus bebidas y aniquilar sin compasión las últimas supervivientes del plato de papas a lo pobre. Al final fue Cab el que puso en palabras el sentir de todos:

—Mejor no. Cuentan buenas historias, pero siempre me han puesto un poco nervioso. Parecen un poco demasiado aventureros para mi gusto.

—Apoyo la moción —le secundó Cardoso.

—¿Qué tal un enano entonces? —propuso Dule mientras se afanaba por llamar la atención de alguno de los hobbits del servicio para pedir otra ronda; dado su tamaño y vozarrón, era el encargado oficioso de tal menester—. De un tiempo a esta parte hay muchos por estos andurriales y el trabajo no sobra. Seguro que encontramos alguno bien dispuesto a acompañarnos por una participación en los beneficios.

—Sí, sí, claro, pero ¿no estaremos empezando el agujero por la bodega? —inquirió el señor Cardoso.

—Explícate —le invitó Lupo con un ademán.

—Antes de pensar en reclutar para la empresa cualquier tipo de talento externo, ¿no convendría contar con algún objetivo concreto? Gracias, Nob, déjalas, ya las repartimos nosotros. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! No me inspiraría ninguna confianza un aventurero profesional que estuviera dispuesto a sumarse a una expedición con unos objetivos tan vagos como la nuestra.

En esta ocasión el silencio que siguió fue más prolongado. En parte porque la cuestión suscitada era de mayor complejidad y en parte porque había que hacer honor a la bebida, como si la espera para obtenerla hubiera puesto a prueba los límites de su resistencia.

—Yo tengo algo que podría servirnos —dijo por fin Lupo.

—Cuenta, cuenta —le instaron los otros.

—A mi primo segundo Falco le contó un viajero que venía de allende el Fontegrís que en el Bosque de los Trolls alguien había visto a tres de esas bestias transformadas en piedra en un calvero.

—¿Y? —le incitó Cab en cuanto fue evidente que no iba a añadir nada más.

—Sí, ¿a dónde quieres llegar? —se sumó Dule.

—Pues a que resulta evidente que les debió de pillar el sol fuera de su cubil, así que no muy lejos de allí deberíamos poder encontrar el lugar donde guardaban sus tesoros.

—No me convence —comentó Dule tras meditarlo unos instantes.

—¿Por qué no? —preguntó Lupo con cierta irritación.

—Permíteme —se adelantó el señor Cardoso a la réplica del tonelero, que le cedió gustoso la palabra—. Primero —expuso, estirando un huesudo dedo índice—, la fuente que citas me parece demasiado poco fiable y extraordinariamente vaga para justificar un viaje tan largo como el que propones. Segundo —dedo corazón enhiesto—, aun siendo cierto, resulta imposible saber cuándo ocurrió el accidente; podrían llevar siglos allí petrificados. Y tercero y más importante —el anular se unió a sus compañeros con un elegante movimiento de extensión—, no creo que lo llamaran el Bosque de los Trolls por sólo tres de los susodichos. Lamentaría mucho hacer todo el trayecto y tener la suerte inmensa de encontrarlos a ellos y a su cubil, sólo para descubrir que el antro cuenta con nuevos inquilinos.

Tras una breve pausa, que Lupo empleó para cerrar la boca, que se le había descolgado, tuvo a bien contestar:

—He de reconocer que me has convencido con tus argumentos. Supongo que eso nos deja en la misma situación en la que estábamos.

Los cuatro amigos procedieron a remojar sus cavilaciones en cerveza hasta que el silencio se hizo tan insoportable que el señor Cardoso se vio obligado a inquirir:

—Supongo que Fornost está fuera de toda discusión, ¿verdad?

—¿Estás loco? —se sobresaltó Cab—. No me verás acercarme ni a dos jornadas de viaje de los Muros de los Muertos.

—Estoy con Cabby —afirmó categóricamente Dule—. Además, pensándolo bien, no está mucho más cerca que el Bosque de los Trolls, y creía que habíamos quedado en que aquello estaba demasiado lejos para nuestra primera aventura.

—Una pena —musitó el boticario para el interior de su ya casi vacía jarra—. Siempre sentí curiosidad por visitar lo que queda de la vieja capital de Arthedain, donde tan importantes batallas se libraron en el pasado.

—No me preocupan las batallas del pasado, sino los fantasmas del presente —aseveró Lupo, zanjando la cuestión.

—Más cerca pues —se avino el boticario.

—Sí —contestó Cab en nombre de todos.

—¿Están las Quebradas de los Túmulos lo suficientemente cerca? —sugirió entonces, con un brillo malicioso en los ojos.

—¡Te has empeñado en amargarme la velada! —explotó Dule, apurando su jarra a continuación con tanto ímpetu que se le quedó toda la barba llena de espuma—. ¿Ves? Me ha sabido a poco por tu culpa. Ahora me voy a ver obligado a pedirme otra para quitarme el mal sabor de la boca.

—Permite que te acompañemos. ¿Qué clase de amigos seríamos si te dejáramos abandonado a tu suerte en tal brete? —se apresuró a meter baza Lupo—. ¡Patrón, otra ronda!

Mientras aguardaban el reavituallamiento, los cuatro amigos, más que un poco achispados, empezaron a reconsiderar sus opciones.

—Ni acercarnos a las Quebradas entonces —sentenció el señor Cardoso.

—En la dirección opuesta está Moscagua —apuntó Cab.

—Vaya sitio horrible —escupió Lupo con el tono cadencioso y grave que delata algún tipo de desagradable experiencia personal—. Puede que por allí aniden los mejores patos, pero es un lugar demasiado húmedo y fangoso para mi gusto. ¡Por no hablar de los mosquitos!

—¿Qué me decís de las Quebradas del Sur? —propuso sin demasiado entusiasmo Dule.

—Soy incapaz de recordar ni un solo evento memorable que haya acontecido en ellas. Sólo encontraríamos polvo y piedras. Lo siento, pero no cuadra con mi idea de lo que debe ser una aventura —rechazó el señor Cardoso, ofreciendo varios argumentos más de los necesarios para convencer a sus compañeros.

El cuarto silencio de la noche fue el de mayor duración. Puede que por haber agotado el tema de conversación, o quizás porque cada vez el salón común estaba más concurrido y el servicio se estaba demorando. A la postre, a Lupo se le encendió la lucecita.

—¡Eso es! ¡Ya sé lo que podemos hacer!

—Venga, desembucha —le apremiaron los otros tres.

—Conozco una tasca en Archet. Es un sitio muy sencillo, en nada parecido a esto, pero sé de buena tinta que la dueña prepara un cabrito asado a la miel que está para relamerse los dedos.

—Eso suena exactamente al tipo de aventura que me resulta atractiva —asintió con una sonrisa amplísima Dule.

—Llamadme fantasioso, pero casi me parece estar oliéndolo —convino Cab.

—No se hable más —zanjó el señor Cardoso—. Está decidido: montaremos una expedición de reconocimiento a Archet para ahondar en los misterios de la cocina local. Mirad, ya llega la cerveza. ¡Brindemos por el feliz desenlace de nuestra futura aventura!

—¡Por la aventura! —exclamaron los cuatro, entrechocando las jarras en una posición aproximadamente equidistante entre ellos.

Justo entonces se formó un pequeño revuelo cerca de la puerta que daba al cuerpo principal de la posada. Los tres hombres estiraron el cuello para ver mejor y Cab se puso de puntillas en un intento por no perderse la diversión. Cebadilla Mantecona estaba allí, acompañado de tres hobbits desconocidos. Tras solicitar y conseguir un poco de silencio, el patrón anunció:

—Estos son los señores Tuk, Gamyi y Sotomonte. Vienen ni más ni menos que de la Comarca. Espero que los recibamos con la cordialidad que nos caracteriza en Bree. ¡Seguro que tienen muchos chismes que contarnos!

Un coro de aplausos, vítores y golpeteos en las mesas respondió a esta presentación y pronto se produjo una pequeña marea que arrastró a buena parte de los parroquianos en dirección a los recién llegados. Los cuatro amigos, por su parte, se encontraban demasiado cómodos (e inestables, aunque eso nunca lo admitirían) para participar de la bienvenida. En vez de sumarse a la multitud, se arrellanaron en sus asientos y se dispusieron a apurar los últimos sorbos antes de volverse para sus respectivas casas.

Desde tan privilegiada posición, contemplaron con beatífica condescendencia cómo sus convecinos, en especial los hobbits, agasajaban a los visitantes del exterior.

—¿Habéis visto? —preguntó al cabo de un rato Lupo—. Como si nunca recibiéramos a gente extraña. ¿Qué van a pensar de nosotros?

—Y lo peor es que parecen tres hobbits de lo más normalito —añadió Cab.

—Ni que lo digas —asintió el señor Cardoso, con un cabeceo quizás demasiado brusco.

—Pobrecitos. No nos llegan ni a la suela de los zapatos a un grupo de audaces aventureros como nosotros —remachó Dule Nogales, para completa aprobación del resto.

Un poco por detrás de ellos, un hombre de rostro extraño, curtido por la intemperie, sentado a la sombra cerca de la pared, escuchaba con diversión su conversación mientras daba pequeñas caladas de una pipa de caño largo. Una triste sonrisa amenazó con esbozarse en sus labios, pero el conato fue pronto abortado por el pensamiento de lo que le aguardaba aquella noche. Debía ganarse al señor... Sotomonte, y ello no le resultaría tarea fácil.

Sentía que por fin iba a cumplirse su destino largamente postergado, fuera éste portentoso o aciago. Observó con ojos grises y perspicaces cómo los cuatro amigos pagaban su cuenta y se retiraban.

Les deseó, con todo su corazón, que nunca tuvieran la mala suerte de vivir una auténtica aventura.